

LA CASA DE LOS ESCRITORES BOLIVIANOS

Coordinador:

Celso Montaña Balderrama



# Punata

*Cuentos picantes*

## *Realidades ocultas*

*Sisinia Anze Terán*

Me sentía harto de tanto traqueteo por lo que tomé la decisión de saltar aun cuando el viejo camión seguía en marcha. Me arrimé al borde de la destartalada carrocería e inhalando profundo salté a un lado de la carretera. Caí dando tumbos en medio de una nube de polvo que me sumió en la más asfixiante penumbra. Cuando ésta se disipó, frente a mis irritados ojos apareció un hermoso valle cuarteado por sembradíos y extensos campos llenos de árboles altos y tupidos que se alineaban a ambos lados del camino.

Era la tierra que habla del origen bíblico, la Perla del Valle, Punata, unos ojos negros, grandes, hermosos y ch'asquitas, parecían estrellas binarias que me miraban riéndoseme. Cuando abrí completamente los ojos, vi tanta hermosura que me dije, tiene por qué presumir que su belleza es proverbial. Maravillado de tanta belleza avancé junto a los cauces de arroyos y hoyadas. En el oeste, a lo largo de una distante loma arbolada, se iban apagando los últimos esplendores del atardecer sobre una pintoresca población. Al cabo de unos minutos el cielo empezó a encapotarse con negras y movedizas volutas de nubes. Una inminente tormenta se anunciaba y supe que debía buscar rápidamente un refugio. Comenzó a llover. A medida que yo aceleraba el paso la lluvia caía con mayor fuerza. Intenté encontrar un lugar de cobijo; sin embargo, en los alrededores no había ni un solo lugar dónde pudiera resguardarme.

Me detuve un momento y enjugándome el agua que se deslizaba por mi rostro y empapaba mi suéter marengo de piel traté de ver a través de la cristalina cortina de agua. A unos cien metros de donde me encontraba vislumbré un lugar que parecía ser Paracaya, López Rancho, Lobo Rancho o Ñan Pata o el camino de arriba, lo que hoy se llama avenida Mayor Desiderio Rocha.

Vi a un hombre que grácilmente caminaba bajo la lluvia. Era mi oportunidad; corrí hacia él.

—Amable señor —le dije—, ¿sería tan gentil en permitirme acompañarlo? —pregunté.

El hombre me miró de pies a cabeza con una sonrisa de oreja a oreja; tuve la impresión de que mi figura le resultaba familiar. Caminamos en silencio un largo trecho con los cuerpos encorvados, como si de esa manera pudiésemos evitar mojarnos más de lo que realmente estábamos. Yo saltaba de una piedra a otra para evitar caer en los charcos; esto le causaba gracia.

Caminábamos hacia una pequeña casucha cercada por viejos troncos cuando escuché una especie de chillido ahogado que provenía del bolsillo de la camisa de mi acompañante. Una afilada y gris cabeza se asomó.

El hombre empujó la puerta que rechinó al abrirse. Ingresamos en un pequeño y desordenado ambiente. El cuarto estaba ligeramente matizado de plata y de azul; tenía algo de crepuscular. En él se encontraban la cocina, el comedor y una pequeña sala con viejas piezas de diferentes juegos de antiguos muebles cuyas formas alargadas, postradas y lánguidas, poseían un extraño aire de tristeza. El hombre encendió un quinqué a kerosene y, poniéndolo sobre la mesa, me invitó a acomodarme a su lado. No sé por qué, pero tuve la viva sensación de que

había alguien más con nosotros. El hombre se puso de pie y se perdió en la oscuridad de una habitación. El hedor a tierra enmohecida y una fetidez dulzona a orín se habían intensificado como si millones de efluvios hubiesen escapado del fondo de una cripta recién profanada. Ese aroma a rancio sacudía a mi espíritu durmiente para luego mecerlo en sensaciones de frenesí. Empecé a recorrer la mirada por todos los rincones: las estrechas y tristes ventanas azotadas por la intensa lluvia, así como las vigas del techo de donde colgaban grandes telarañas sobre las que el polvo se había amontonado de tal manera que parecían trapos desgarrados por el peso de tanta mugre. Rogué para que la lluvia no cesara. De haber sido por mí, me habría quedado en aquel lugar toda la vida.

—Aquí tienes —me dijo, pasándome una gastada toalla—. Sécate, que tienes esas greñas empapadas —rió divertido—. No querrás pescar un resfriado, ¿no es así?

En cuanto tomó asiento aproveché para estudiar su perfil realizado por la dorada luz que la lámpara despedía. El rostro del hombre tenía una expresión pesarosa. Los suaves mechones grises de su cabello le daban un aura de calidez que en absoluto encajaba con su profunda y misteriosa mirada.

—¿De dónde vienes? —me preguntó, mirándome amistosamente.

—De ningún lado en particular —apostillé, mientras me frotaba el cuerpo con la toalla—. Soy un alma libre que recorre el mundo para explorarlo —le dije, viendo cómo el hombre me miraba atentamente con una sonrisa afable—. He recorrido distancias impensables, me he resguardado en todo tipo de lugares, hasta debajo de los puentes, aunque no me lo crea. He trajinado tanto que ya no sé de dónde soy —sonreí—. Se podría decir que soy de todas partes y de ninguna a la vez.

—Ya veo —dijo—. Yo nací en este hermoso valle de Punata —aseveró, mientras daba un retazo de pan duro al pequeño que cargaba en el bolsillo de su camisa.

—Es un lugar muy hermoso —dije, mirando encantado al animalito que ondulaba su cola mientras ávido, con sus diminutas garras, devoraba el pan.

—Yo soy punateño —me dijo—, al igual que mi padre, que su padre y el padre de su padre; nunca hemos salido de estas fértiles tierras de Punata.

—¿Vive aquí solo? —pregunté, arrastrando los ojos de un extremo al otro de la casa.

—¿Solo? No. Vivo con mis compañeras y amigas —contestó, esbozando una sonrisa.

—¿Amigas? ¿Compañeras? —pregunté, mirando a los alrededores y constatando que no había indicios de que alguien más viviera con él.

—Así es, mis amigas y compañeras —contestó.

—Y ¿a qué se dedica usted? —pregunté, cambiando de tema para no incomodar a mi anfitrión.

—Me dedico a la fabricación de ceniceros. Es una profesión de familia. Mi abuelo fabricaba ceniceros, mi padre los fabricaba, mis tíos también los fabricaban y ahora yo soy el último de la familia que los sigue haciendo.

—Sin embargo, la gente ya no fuma como solía hacerlo— recalqué, arrepintiéndome inmediatamente del comentario.

—Así es, viendo cómo se pintan las cosas, dentro de poco me quedaré sin trabajo —corroboró, sonriendo tristemente—. Y tú, ¿a qué te dedicas? —me preguntó, acariciando la cabecilla del animalito.

—No me dedico a nada específico. Recorro el mundo, abierto a toda clase de aventuras. Soy adicto a ellas.

—¿A ellas? —repitió, agrandando los ojos.

—Sí. A ellas, a las aventuras.

—Pero, ¿de qué vives? Algo debes hacer para ganarte el pan de cada día.

—Bueno, hasta ahora he tenido mucha suerte; casi siempre he encontrado algo para comer. Sin embargo, otras veces no. He pasado hambre, si es eso lo que deseaba saber.

—¡Quién soy yo para juzgar! —dijo, poniéndose de pie—. Hablando de pasar hambre, me vas a disculpar. No te ofrecí nada. ¿Deseas un poco de leche tibia? —preguntó, dirigiéndose a la cocina.

Yo asentí tímidamente y enfoqué mi atención en el pequeño compartimiento que hacía de cocina. Había una mesa en la que se encontraban varios utensilios: un plato hondo, una taza, un platillo, una cuchara y un cuchillo; pero según él, vivía acompañado.

—Aquí tienes —me dijo.

Me quedé boquiabierto al ver que me había servido leche tibia en un platillo de pan. Pero yo estaba con tanto frío, cansado y muerto de hambre, que no profundicé mucho en el asunto e inclinando mi cabeza bebí ávidamente. Mientras tanto, el hombre se dirigió a la habitación al lado de la cocina y lo escuché hablar en la oscuridad.

—No se preocupen, no es anormal. Solamente su mente confunde la realidad —dijo en voz alta—. Tranquilas, ustedes no corren ningún peligro. No hay de qué preocuparse. Ya verán que tiene un corazón noble.

Creí que el hombre estaba hablando consigo mismo. Sin embargo, al instante distinguí, en la penumbra de la habitación, a varios pares de pequeños ojos relucientes que me miraban fijamente.

—Perdóname. Pero me estaban llamando —dijo, cerrando la puerta y acercándose a la mesa.

—¿A quiénes se refiere? —pregunté alterado.

—A mis compañeras. Se sienten un poco inquietas con tu presencia.

—¿Pero, a qué compañeras se refiere? —añadí, poniéndome de pie y dando unos pasos atrás.

—No hay por qué asustarse. Ellas son confiables.

—¿Quiénes ellas? ¿De quiénes habla?

—¿De veras no las has visto? —preguntó, metiendo la mano dentro del bolsillo de su camisa para sacar al animal que dormía dentro— Ella es Josefina —dijo, rascando el pequeño y voluminoso vientre del animalillo.

—¿Esa rata? —inquirí, sobresaltado.

—No deberías expresarte así de ellas; de esa manera tan despectiva —dijo en un tono molesto.

—Bueno, señor, no se enoje, pero yo siempre escuché que son sucias y que transmiten enfermedades.

—¡Patrañas! Ellas son criaturas incomprendidas, odiadas injustificadamente. Si la humanidad viera lo que yo veo en ellas, cambiaría su forma de pensar.

—¿Qué es lo que ve en ellas, señor?

—Veo a una especie que ha sabido subsistir en un entorno agresivo. Son unas sobrevivientes; por más que el hombre haya

intentado deshacerse de ellas durante siglos, no ha podido –afirmó– ¿Sabes por qué?

–¿Porque se reproducen rápidamente?

–No solamente eso. Han sabido adaptarse en un mundo donde no son bienvenidas. Los prejuicios y las supersticiones las han empujado a las alcantarillas, basureros, huecos, en fin, en cualquier espacio donde estén a salvo del hombre –soltó a la rata en el suelo y el pequeño animal corrió hacia la puerta de la habitación, la empujó con su cabeza y, abriéndola un poco, entró–. Tú mejor que nadie deberías saber todo eso.

–¿Por qué lo dice?

–Tú mismo me has dicho que has recorrido distancias inimaginables, que has estado en todo tipo de lugares, incluso, hasta debajo de puentes. Sabes lo que es no pertenecer a ninguna parte.

–Sí, pero jamás me he rodeado de ratas.

–Deja que te cuente cómo es que llegaron a mi vida –dijo, tomando asiento y cruzando los dedos–. Cuando mi padre murió y mis hermanos se fueron, me quedé al cuidado de mi madre que sufría de reumatismo. Ella tenía terror a la soledad; por eso yo no quería que, estando enferma, se quedara sola; así que dejé de lado todos mis sueños y decidí permanecer junto a ella. Los años pasaron y, poco a poco, los parientes que teníamos aquí en Punata fueron muriendo o se marcharon a otros lugares. Cuando llegó el día en el que sus horas se acabaron, la vi tendida en su lecho, frágil e indefensa. Mi madre, la que me trajo al mundo, mi compañera y única amiga se había ido, pero yo no me resigné a su ausencia. ¿Qué iba a hacer yo sin ella? No podía enterrarla, así que decidí conservarla aquí, conmigo, a mi lado, cerquita mío –suspiró profundamente y continuó–. Al cabo de una semana ellas empezaron a aparecer. Primero

unas cuantas que rondaban alrededor de su catre, luego fueron tomando confianza y empezaron a trepar por las sábanas ¿Pero qué podía haber hecho yo? O dejaba que terminen su festín o las eliminaba.

—¿Por qué no las eliminó?

—Porque, cuando acabaron el festín, mi madre había resucitado en cada una de ellas. Así que empecé a cuidarlas, a alimentarlas, a darles cariño. Al poco tiempo me tomaron confianza y empezaron a hablarme.

—¿A hablarle? ¿Las ratas?

—Así es, tú también podrías escucharlas si les prestaras un poco de atención. Especialmente tú —dijo, sonriente—, y es más, tú me gustas mucho. Podrías quedarte con nosotros y ser parte de esta familia. ¿Qué dices?

Me quedé en silencio, imaginando a la pobre señora siendo devorada por las ratas en su propio lecho ¿Por qué querría ese hombre que yo me quedara a vivir con él y esos menudos y siniestros figones, esos asquerosos animales que eran conocidos por su insaciable voracidad? No, había algo enfermizo en todo eso. Sabía muy bien el peligro que esos dientes agudos y brillantes representaban. Entonces oí chillidos penetrantes, un murmullo inquieto y el rumor presuroso de una multitud de patas que arañaban o revolvían algo dentro de la habitación al lado de la cocina. Mis peores temores cobraron vida cuando varias docenas de enormes ratas salieron y empezaron a observarme atentamente. Eran deformes, grandes como gatos; sus cuerpos grises y repugnantes parecían estar en perpetua agitación. La horda insaciable, cuyos ojos malignos parpadeaban bajo la tenue luz de la lamparilla de kerosene, se acercaba enseñando sus dientes amarillos y emitiendo inquietos chillidos.

—¡Tranquilas, tranquilas! No quiso ofenderlas. Simplemente es un alma trastornada. Solamente Dios sabe qué le habrá pasado —dijo el hombre a las ratas.

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que dicen? —pregunté, alterado, al ver cómo se amontonaban en círculo dejándome al medio.

—¿De veras no puedes entender lo que dicen? —preguntó, mirándome extrañado.

—¡Claro que no! Y francamente no entiendo cómo es que usted sí puede.

—El cerebro es un órgano maravilloso y enigmático. Existen muchas puertas cerradas que, con un poco de paciencia y constancia, podemos abrir —dijo, mirándome con compasión—. En tu caso, creo que pasó lo contrario; al haberte dedicado a recorrer el mundo solo, perdiste tu identidad y, al hacerlo, cerraste algunas puertas y ahora no comprendes tu propia naturaleza.

—¿Mi propia naturaleza? No entiendo lo que quiere decir —dije, advirtiendo que las siniestras amigas y compañeras de mi interlocutor se me iban acercando a tal punto de dejarme encerrado en el círculo. Me sentí acorralado.

—Permíteme que te muestre —acotó, poniéndose de pie y perdiéndose en la habitación del fondo.

Cuando salió, traje consigo un pequeño espejo al que colocó frente a mí, sobre la mesa.

—Apuesto que nunca te has mirado en un espejo —aseveró, tomando asiento a mi lado.

Cuando acerqué el rostro al espejo me quedé paralizado. De repente, los agudos chillidos de la enardecida horda empezaron a distorsionarse, a menguar cambiando de tonalidad acústica. De pronto, ya no eran chillidos, sino vivas voces que decían:

—¡Dile que se largue! No queremos que se quede en la casa — lanzaban gruñidos desesperados—. ¡Se cree superior a nosotras!

Volví a enfocar mi atención en el reflejo del espejo: el pelaje gris marengo, la cabeza pequeña y triangular, el hocico largo y puntiagudo, el par de orejas siempre alertas, y los ojos, los pequeños ojos negros como el ónix lanzándome esa mirada de incredulidad.

## Índice

<b>Realidades ocultas .....</b>	<b>11</b>
<i>Sisinia Anze Terán</i>	
<b>La Calle más larga .....</b>	<b>23</b>
<i>Roberto Ágreda Maldonado</i>	
<b>Jatun Muk'uy y la Chiva.....</b>	<b>29</b>
<i>Walter Arnéz Arnéz</i>	
<b>Dos bellas muchachas .....</b>	<b>37</b>
<i>Beatriz Bascopé Aragón</i>	
<b>El “Wislulu” de K’uchu muela.....</b>	<b>43</b>
<i>Juan Clavijo Román</i>	
<b>“El Coplero” .....</b>	<b>51</b>
<i>Gabriela Issa Vidales</i>	
<b>El Pavo de Oro.....</b>	<b>59</b>
<i>José Eduardo López Loayza</i>	
<b>La Chola fashion .....</b>	<b>69</b>
<i>Celso Montaña Balderrama</i>	
<b>Krygor: La Mandrágora .....</b>	<b>91</b>
<i>Gonzalo Montero Lara</i>	
<b>El hombre que camina .....</b>	<b>103</b>
<i>Ramiro Montecinos Guzmán</i>	
<b>El Kharisiri.....</b>	<b>123</b>
<i>Dennis Morales Iriarte</i>	
<b>Yuracaré araneño tentado por Punata.....</b>	<b>137</b>
<i>Alberto Rodríguez Méndez</i>	

SOMOS EL FRUTO DEL UNIVERSO PRIMIGENIO QUE  
NOS SEDUCE, EL ESTALLIDO POÉTICO DE LA INFANCIA  
QUE NOS DEVORA Y EL ETERNO PRESENTE DEL PUEBLO  
DONDE NACIMOS.

CELSO MONTAÑO BALDERRAMA

ISBN: 978-99974-66-51-8



9 789997 466518